

que ya ha ido demasiado lejos. Helos aquí, como la bestia acosada de cerca por los lebreles. El autor exhorta al rey á concluir con ellos. Y concluye en estos términos:

*Tu dois estre pierre adurée  
Et glaive acéré et espée  
Pour maintenir ton tenement  
Si que ne soit pas mesprisée  
France, en ton temps, ne diffamée,  
Dont tu as le couronnement... (1).*

Parece que por todas partes, en efecto, las ligas atemorizaron á las gentes pacíficas que, en un principio, las habían aprobado, y aunque se habían unido á ellas, adivinase bien lo que pasó. Entre los coligados había tímidos y violentos. «Tendían unos á que se abolieran las malas costumbres, y otros buscaban quedar dueños de las buenas villas y del país llano.» Los que, entre los nobles, eran tímidos, se retiraron á tiempo con los clérigos y los representantes del municipio. Los más ardientes gentileshombres tomaron entonces la dirección del movimiento, y sus esfuerzos desordenados tradujéronse por excesos que provocaron al poco tiempo la intervención de la autoridad real, apoyada por todos los que tenían interés en el mantenimiento de la paz pública. El gobierno real no se había debilitado en la crisis de 1315: triunfó con facilidad.

Querriase saber, por otra parte, como funcionó la organización descrita en las actas de asociación y de confederación de 1315. Desgraciadamente faltan documentos para las provincias del Oeste y del Mediodía (2). Pero la actividad de las ligas de Artois, de Picardía, de Champaña y Borgoña, después de la redacción de las actas, es un poco más conocida.

Los nobles de Artois se habían ligado, no solamente contra los arbitrios reales, sino también contra su condesa, Mahaut de Artois, y su principal consejero, Thierry de Hiregón, á quien acusaban de violar las «buenas costumbres antiguas.» Pero el movimiento se desvió en este país antes que en sitio alguno, porque se mezcló en él una cuestión de sucesión. Roberto de Artois disputaba de mucho atrás el condado á la condesa Mahaut, su tía. Sus partidarios, que eran numerosos entre los coligados, intentaron desposeer á la condesa. Desde entonces se dividió la liga. Todos los no partidarios de Roberto se desentendieron; así los señores de Licques y de Nedonchel, que «no se habían aliado para cometer ultrajes y excesos, sino solamente para requerir y conservar los antiguos usos y costumbres.» Los escribanos de Aire se negaron á unirse «á los nobles de Artois que se llaman aliados.» Los de Calais, habiendo sabido que «los caballeros y nobles de Artois decían al excelente príncipe nuestro señor el rey de Francia; que Thierry de Hiregón había cometido multitud de extorsiones sobre las buenas villas de Artois, y que las villas de Artois se habían quejado,» certificaron que nada de esto

(1) «Has de ser cual piedra dura y como espada acerada y fina para mantener tu dominio, á fin de que no sea menospreciada ni difamada en tu tiempo Francia, cuya corona llevas.»

(2) Solamente se sabe que los oficiales reales en Normandía se vieron obligados á prestar juramento á los nobles: «Los baillíos y sus vizcondes no se atreven á ayudarme, escribe á los señores de Comptes un comisario del rey que se hallaba entonces en Provenza, por miedo de ser tenidos por perjuros.» (Biblioteca Nacional, manuscrito francés 23256, fol. 10 vuelto.)

era cierto. La mayor parte de villas, colegiatas, cabildos y monasterios de Artois hicieron análogas protestas. Los «coligados» de Artois, gentileshombres del partido de Roberto, cometieron entonces violencias: «Madama de Poitiers (hija de Mahaut de Artois, mujer del futuro Felipe V), su hermano y su compañía comían en la vivienda de Vis. Allá fueron los aliados (muchedumbre de gente armada) con la espada en la mano, á caballo, y arrojaron lodo á la cara y vestidos de la señora de Poitiers, quien les rogó humildemente que la escucharan.» Esto acontecía en 1315. El rey, Luis X, intervino. Hace examinar en su propio tribunal los agravios de los aliados y las defensas de la condesa, y, finalmente, pone á Artois «bajo su mano» para restablecer la paz. Pero esto no bastó. Los «aliados» del país, demasiado excitados para parar mientes en la salvaguardia real, entraron á saco en el castillo de la condesa, en Hesdin (donde decapitaron las estatuas del rey que estaban adosadas á la pared), y se comenzó la guerra.

Los «aliados» de Artois se habían confederado directamente con las ligas de Vermandois, de Beauvais, de Amiéns, de Corbie y de Pontieu. Los picardos abrazaron en masa la causa de los de Artois? Solamente se sabe que Juan Pasté, clérigo, y Tomás de Marfontaine, caballero del rey, fueron muchas veces, desde 1316 á 1318, «hacia los aliados de Artois, de Vermandois y de los demás países de Picardía, para tratar con ellos de paz y acuerdo y para transmitirles la voluntad del rey.» El final del conflicto, retardado durante muchos años, no fué, por lo demás, dudoso nunca. Roberto de Artois sometióse en noviembre de 1316. Los aliados de Amiéns separáronse de los rebeldes en la conferencia de Montdidier (febrero de 1319). Los procuradores de los nobles de Vermandois persuadieron finalmente á los nobles de Artois, en la conferencia de Compiègne (marzo de 1319), á que aceptaran las proposiciones de acuerdo que los agentes del rey habían elaborado. El mariscal Mateo de Trie y el condestable Gaucher de Chatillon destruyeron, en 1320, los últimos castillos de los que, como el señor de Fiennes y Ferri de Picquigni, se habían obstinado en luchar. Impusieron multas y confiscaciones, algunos fueron desterrados, y un cierto Alart de Sainte-Aldegonde fué apaleado y decapitado en París «por la alianza de los barones de Picardía y Artois.»

En Champaña y en Borgoña, como en Artois, lo que envenenó las cosas fué una cuestión de sucesión.

Luis el Terco, muerto en Vincennes el 5 de junio de 1316, había dejado una hija, Juana. Su mujer, Clemencia de Hungría, estaba encinta: por la primera vez moría un Capeto sin dejar tras él herencia masculina. Si la reina daba á luz una hija, ¿á quién correspondería la corona? Antes de que la reina pariera, y si paría un hijo, ¿de quién sería la regencia? Un accidente que daba lugar á tales preguntas habría sido muy peligroso para la autoridad real, si el movimiento de 1314 hubiera tenido tanto poder y profundidad como extensión (3).

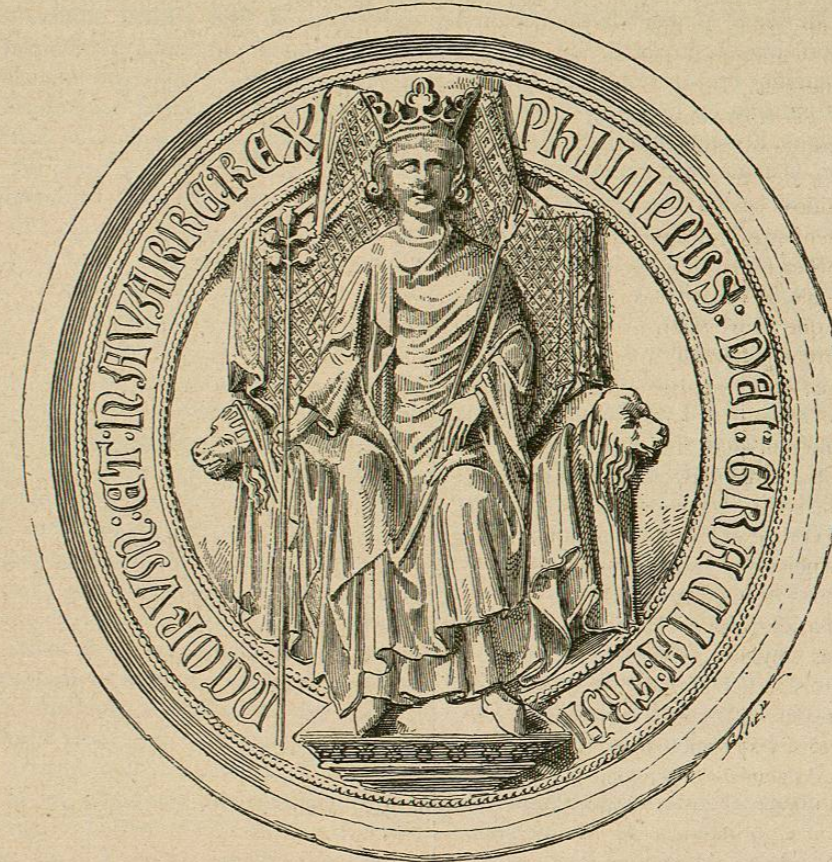
Tres príncipes podían creerse con derecho á mezclarse en la sucesión de Luis X: Felipe el Magnánimo,

(3) P. Viollet: *Comment les femmes ont été exclues en France de la succession à la couronne*, 1893. J. Petit, obra citada.

conde de Poitiers, su hermano; Carlos de Valois, su tío, y el duque Eudo de Borgoña, hermano de Margarita de Borgoña, la primera mujer de Luis X, y por consiguiente tío de Juana, la hija mayor del difunto.

Felipe el Magnánimo se apoderó prontamente de la regencia, de un modo provisional. Carlos de Valois, después de ciertas veleidades, trabajando por cuenta propia, no se preocupó apenas de otra cosa que de hacer pagar su concurso al regente: estaba muy necesitado.

prelados, burgueses de París y doctores de la Universidad de París, reunióse en París en febrero de 1317. Aprobó por unanimidad lo que Felipe había hecho. Además, según un cronista, sentó el principio «que las mujeres no sucedan en el reino de Francia.» Al mismo tiempo enviábanse comisarios por el nuevo rey á todo el reino con instrucciones, algunos de cuyos pasajes copiamos: «Citarán ante ellos todos los prelados y demás personajes de Iglesia, barones, baroncillos y demás no-



Sello de Felipe V el Magnánimo

Finalmente, concluyóse una convención entre Felipe y Eudo de Borgoña. Si la reina daba á luz una hija, los derechos de las hijas de Luis X á la corona se les reservarían hasta que fuesen núbiles; el duque de Borgoña parecía ganado á los intereses de Felipe (septiembre de 1316).

En septiembre la reina dió á luz un hijo, que murió. La cuestión ya en adelante no radicaba más que entre Juana, hija de Luis X y de Margarita de Borgoña, y el regente Felipe. Felipe se hizo coronar en Reims (9 de enero de 1317) para tener de su lado la fuerza de los hechos consumados. Pero el coronamiento fué rico en incidentes. A excepción de Carlos de Valois y de Mahaut de Artois, ningún señor laico se presentó. La vieja duquesa de Borgoña, Inés, hija de San Luis, protestó en nombre de Juana. El duque de Borgoña había anunciado, por su parte, que no asistiría á la ceremonia, y había reclamado, á propósito del derecho de Juana, una decisión de los pares.

Hízose entonces, por ambas partes, un llamamiento á la opinión.

Una asamblea, compuesta de grandes y nobles, de

bles de cada país, que buenamente pudieren acoplar, y les dirán lo más amablemente que puedan cómo el rey ha venido nuevamente á la dignidad real y tiene grandes deseos de mantenerles en buena paz, de enmendar todas las nuevas opresiones, restablecer las buenas costumbres de San Luis, etc.; luego les rogarán de parte del rey que se abstengan de alianzas que algunos han hecho ó por ventura quieren hacer, por los agravios que les han sido infligidos, según dicen ellos. Demuéstréles lo mejor que puedan los grandes inconvenientes, peligros de alma y cuerpo, perjuicios de los bienes temporales, que se les seguirían de tales alianzas y que ya se han comenzado á originar. Podrán demostrar aparte á los más ancianos y prudentes, que lo explicarán en seguida á los demás, el gran peligro que puede resultar de estas alianzas, ó por conmoción popular ó en muchas otras formas. Ejemplos: lo que pasa en Lombardia y en algunos otros países, porque el pueblo no ve muy bien á los nobles... Así hablarán á todos aquellos que se confesaren ser aliados. A los que no estuvieren aliados les requerirán de parte del rey para que no se mezclen en esas alianzas, y les harán jurar que continúen haciéndolo.»

Un publicista parisiense añade que «el rey visitó en persona muchos sitios de su reino y que se ganó el corazón del bajo pueblo y de los ciudadanos de París á tal punto, que no solamente París, sino todas las comunidades del reino, le prometieron ayudarle contra todas gentes y en especial contra los barones aliados, si hubiera entre ellos algunos que le atacaran.»

Del otro lado habíase celebrado, en enero de 1317, una asamblea «de barones, nobles, religiosos, burgueses, etcétera, del ducado de Borgoña» y de «muchos otros sabios forasteros,» en que se condenó la usurpación de Felipe. El 10 de abril tuvo lugar en Esnón, cerca de Joigni, una gran reunión «de los nobles de Champaña.» Las decisiones tomadas en Esnón se enviaron á todos los amigos de Juana. El ejemplar dirigido á Juan III, duque de Brabante, dice que doña Juana ha intentado vanamente obtener que sus derechos fueran contradictoriamente debatidos ante los pares del reino, «convocados juntamente con los sabios y los buenos del reino de Francia, así clérigos como laicos.»

El «conde de Poitiers,» es decir, Felipe V, respondió á esto con preparativos amenazadores. «Se nos ha hecho saber que se proponen perjudicarnos á Nos y á nuestro país, si se puede. Y por esto, muy querido señor y amigo, os rogamos á vos que sois nuestro señor, amigable compañero y aliado, que nos ayudéis á defender nuestra tierra y nuestro honor. El conde de Borgoña, el conde de Nevers, Nos y nuestros aliados por esto, reuniremos nuestras fuerzas por Pascua contra quien quisiera atacar á nuestros aliados y compañeros.»

La guerra parecía, pues, inevitable por la Pascua de 1317. Sin embargo, uno solo de los amigos de Juana, Luis de Nevers, que estaba en relaciones con los rebeldes de Artois, se permitió actos de hostilidad; pero bien pronto fué sometido: á esto se llamó la «pequeña guerra de Nevers,» de la primavera de 1317. Ni los borgoñones ni los de Champaña se movieron. Aceptaron todos «conferencias.» En la conferencia de Melún (junio-julio) habían renunciado ya, en nombre de Juana, á la corona de Francia. Únicamente reclamaban para ella la Champaña y la Navarra. Después las negociaciones se hicieron interminables. Pero el 27 de marzo de 1318 todo se llevó á término: el duque de Borgoña casó con la hija de Felipe V, en expectativa del Artois y del Franco-Condado; para su sobrina, aceptó 15.000 libras tornesas de renta, en expectativa de la Champaña en el caso en que Felipe V muriera sin sucesión masculina.

Por la misma época, Carlos de Valois triunfaba de la liga que había amenazado su autoridad en sus herencias del Maine y de Anjou.

Los «aliados» no habían hecho nada.

#### VII.—Consultas y asambleas bajo Felipe V y Carlos IV (1)

Sin embargo, el hábito inaugurado por Felipe el Hermoso de hacer con mucha frecuencia llamamientos á la opinión pública había entrado á formar parte de las costumbres. Por otra parte, durante los primeros años

(1) H. Hervieu, obra citada. La cronología de estas asambleas es todavía muy imperfecta.

del siglo XIV había pedido el rey con tanta frecuencia la aprobación y ayuda pecuniaria de sus súbditos por medio de sus comisarios en excursión á provincias ó en asamblea general de representantes de la nación, que ésta había comenzado ya su educación política. Créese encontrar de ello algunos indicios en la historia de los años comprendidos entre 1317 y 1328.

A principios de 1317, Felipe V, no contento con reunir en París la asamblea de que ya hemos hablado, envió por todas partes comisarios para disolver lo que quedaba de las ligas y hacer ratificar su advenimiento, cuya legitimidad no estaba por completo fuera de duda. Al mismo tiempo, siempre con intención de conciliarse la opinión, en particular la del municipio, ordenó á las villas notables de los bailíos de Senlis, Vermandois, Amiéns, Orleans, Macón y Sens, del prebostazgo de París y de los cinco bailíos de Normandía, que enviaran diputados á París para el domingo 6 de marzo, á fin de «deliberar sobre muchas cuestiones que se refieren á Nos y al estado del reino de Francia y al común provecho y bienestar de las buenas villas y de todos nuestros súbditos.» Parecida convocatoria (en Bourges, para el domingo 27 de marzo) fué dirigida á más de cien villas de los bailíos y senescalías del centro y Mediodía.

La asamblea de los diputados de las villas del Norte (Langüe-de-oil) tuvo lugar en el sitio y fecha fijados. Hubo en ella muchas sesiones. Los diputados presentaron peticiones: «que se ejercieran buena ley y justicia en todo el reino; que se mantuviera al pueblo por el modo acostumbrado en tiempos de San Luis; que se les permitiera, en caso de agitaciones, rechazar la fuerza con la fuerza.» La ordenanza del 12 de marzo de 1317 se redactó en respuesta á todo esto; desde entonces existiría en cada villa un capitán comandante de los voluntarios del lugar, á quienes se autorizaría á armarse: todos los capitanes de las villas se subordinarían en cada bailío á un capitán general, nombrado por el rey. Esta ordenanza, conforme á los votos de los representantes de las poblaciones urbanas, estuvo, á lo que parece, en los comienzos de su ejecución.

La asamblea de los diputados del Mediodía tuvo lugar en el sitio y fecha fijados, y las sesiones duraron algunos días. Los diputados presentaron observaciones: las innovaciones de los oficiales del rey en contra de los privilegios y franquicias de las villas fueron denunciadas, y se pidió también «la vuelta á los tiempos de San Luis.» Una ordenanza de 7 de abril dió satisfacción á estos deseos.

En abril convocóse para París una asamblea general en que figuraron nobles del Norte y Mediodía, prebostos y procuradores de abadías y cabildos del Norte y Mediodía, los diputados de las buenas villas del Norte, que ya habían tomado parte en la reunión del 6 de marzo, y probablemente alguno de los diputados que habían discutido en Bourges. Según las cartas de convocación y procuración redactadas para esta asamblea, parece que debía tratarse en ella la cuestión de la cruzada. Ignórase qué se hizo.

En la primavera de 1318, el rey hizo exponer ante una reunión de prebostos y barones «las causas de las guerras y agitaciones que desolaban el país» y le llamó para que le diera auxilio. Una carta de Felipe V, con fecha del 28 de mayo, hace saber que los prebostos, des-

pués de haber deliberado, respondieron «que no podían dar al rey respuesta favorable sin haber reunido antes los sínodos provinciales.» Es probable que los barones contestaran también que no podían comprometerse por toda la nobleza entera. En efecto, Felipe V convocó por aquel tiempo cuatro grandes asambleas: en París, por la quincena de San Remigio, á los procuradores de las buenas villas de los bailíos del Norte (tres ó cuatro por villa); en Bourges, por la octava de Todos Santos, á los nobles de Berri, Nivernais y Auvernia; en Tolosa, á los procuradores de las buenas villas de los bailíos y

que ya formaban estilo. Los diputados de las villas del Norte y del Mediodía se comprometieron, por su parte, á proporcionar contingentes, que ellos mantendrían.

Quedaban los nobles de los bailíos del Norte (Champaña, Normandía, etc.) y de las senescalías del Oeste (Saintonge, Poitou, Limousín), es decir, de las regiones en que los «aliados» habían sido más numerosos. Todavía no habían sido llamados. Felipe V les convocó á todos juntos, á su vez, el 12 de noviembre de 1318, para el 10 de febrero de 1319 en París. Pasaban por estar mal dispuestos, y por esto indudablemente se les



Sello de Carlos IV

senescalías del Mediodía, por el 18 de diciembre; y en Tolosa también, por los días de Navidad, á la nobleza del Mediodía.

Resulta de una carta de Felipe, de 17 de noviembre de 1318, que los nobles de Berri otorgaron, en consideración á los gastos de la guerra, «de su propia voluntad, por pura liberalidad, la quincena de todos los frutos, salidas, productos y emolumentos de sus tierras durante un año.» Pero estipularon que se les permitiría elegir un cierto número de hombres probos para cobrar este impuesto: el dinero percibido se pondría en depósito para ser invertido únicamente en las necesidades de la guerra; ningún precedente enojoso para la nobleza de Berri se crearía con este simple acto de generosidad; los oficiales del rey no podrían obligar á nadie á pagar la quincena votada por los nobles, sin que se la pidieran los mismos nobles á los cobradores elegidos por ellos: el dinero percibido sería devuelto si no se verificaba la guerra; si tenía lugar, los nobles del país, á causa de esta contribución, serían dispensados de todo servicio militar. La nobleza de Perigord y de Querci votó también una quincena con análogas condiciones,

convocó después que á todos los demás. Precaución inútil. Se abstuvieron de comparecer. De Champaña no acudió nadie. Los que vinieron de Normandía declararon que no eran bastantes en número para hablar en nombre de la nobleza de la provincia. A fin de vencer esta resistencia, pareció oportuno dividir á la gente. La nobleza de Champaña fué nuevamente convocada para el Domingo de Ramos en Provins, á presencia del rey; la nobleza de Normandía en Lisieux, para el mes de marzo, á presencia del obispo de Amiéns y de Roberto de Artois; la nobleza de Vermandois y de Picardía, en Compiègne, en una cámara del palacio real; la nobleza del Poitou, en Poitiers; la de Turena, en Tours; la de Saintonge, Angoumois y Limousín, en Angulema; la del prebostazgo de París y Orleans, en París. ¿Fué favorable el resultado de este fraccionamiento? En todo caso es cierto que los de Champaña no vacilaron en negarse una vez más, porque el rey escribió á alguno de ellos: «Vos y alguno de los dichos nobles no habéis querido estar con Nos, lo cual nos disgusta, porque la necesidad por la cual os habíamos requerido no pudo cumplirse mejor en la jornada de Provins.»

La frecuencia de las convocatorias hizo concebir, en esta época, el pensamiento de regular su procedimiento. Hasta entonces la cancillería real no había confiado á los bailíos y senescales el cuidado de convocar á las comunidades y nobles de su circunscripción, porque «desconocía sus nombres.» Pero se hizo sentir la necesidad de tener en la corte central una lista exacta de la nobleza, del clero y de las villas de todo el reino. En diciembre de 1318 y enero de 1319 el rey comunicó á los bailíos y senescales que tenía necesidad de conocer el nombre y número de los prelados, abades, priores conventuales, barones, nobles, villas y otros lugares notables de su jurisdicción: «Tenemos que escribirles con frecuencia, decía; queremos saber á quién...»

El 28 de abril de 1320, prelados, barones y representantes de muchas buenas villas fueron llamados á comparecer en persona, ó por medio de procuradores, en Pontoise, á las tres semanas de la Pascua de Pentecostés, para deliberar sobre la cuestión monetaria. Nueva asamblea en Poitiers, en junio de 1321, de «prelados, barones, comunidades de villas y otras ciertas personas.» La cuestión de las monedas; la de los pesos y medidas; la de las alineaciones en el dominio real y la del «viaje á ultramar,» es decir, de la cruzada, estaban á la orden del día. El gobierno preguntó si sería conveniente proceder á la refundición y unificación de las monedas, pesas y medidas, y, subsidiariamente, «qué auxilio gustarían de dar al rey, si las cosas antedichas fueran aprobadas por los consejeros.» Los prelados, después de discutir entre ellos, protestaron que en principio aprobaban las medidas propuestas; pero que «en lo tocante al subsidio querían deliberar con los otros prelados, los cabildos de las Iglesias y los conventos,» reunidos en sínodos provinciales; se informarían bien y prometían para 1.º de diciembre una respuesta definitiva. Hay razones para suponer que los diputados de las villas pidieron también una cosa parecida. La misma táctica dilatoria se había empleado ya, en 1318, en parecidas circunstancias.

Como en 1318, se optó por recoger separadamente las opiniones. Agentes del rey recibieron orden de exponer ante el clero de cada provincia eclesiástica, reunido en asamblea sinodal, los proyectos y demandas de la corona. Otros comisarios interrogaron aparte á los delegados de Langüe-de-oil y á los del Langüedoc. Pero nuevamente se hicieron resistencias; en julio de 1321, los burgueses, reunidos en París, respondieron que no podían prestar ayuda, que el rescate de monedas no les interesaba, y que «les bastaba con sus álamos;» la respuesta definitiva de los diputados de las villas de los bailíos de Amiéns y Vermandois, que se remitió el 10 de octubre al conde de Boulogne y al señor de Sulli, delegados del rey, en Orleáns, fué igualmente una negación en regla: «Item á la demanda de auxilio responden los dichos procuradores que pareciendo al consejo antes dicho que las dichas cosas (cambio de monedas, de pesas y medidas, etc.) no serán en mucho provechosas, no es menester demandar ayuda, ni los de las buenas villas deben soportar que ahora se les demande auxilio, pues bien gravados han sido por guerras, caballerías, matrimonios y esterilidades del tiempo...»

Cuando murió Felipe V (1322), sin dejar sucesión masculina, el tercer hijo de Felipe el Hermoso, Carlos

de la Marche, que durante el reinado precedente había mostrado en diferentes ocasiones una violenta hostilidad contra su hermano, le sucedió sin dificultad, bajo el nombre de Carlos IV, en detrimento de sus sobrinos. Y nadie pensó entonces en aprovecharse de la ocasión para turbar la paz.

Durante el reinado de este príncipe se resucitó la memoria de las asambleas tenidas en los bailíos en 1323 y en las senescalías del Langüedoc en 1325. En el momento de la guerra contra Inglaterra (1326) el rey reunió en Meaux prelados y barones para pedirles ayuda y consejo: y en seguida se enviaron comisarios á provincias. En la comisión enviada al duque de Borgoña y al obispo de Chartres, que visitó el ducado de Borgoña y «los partidos de Macón y Lyon,» se dice que el rey ha querido evitar á las personas y á los diputados, á quienes tuvo en un principio idea de acoplar en asamblea general, un viaje costoso: los comisarios expondrán á los barones, nobles, burgueses y habitantes del país, los motivos de la guerra y las necesidades del reino: recibirán además sus quejas contra los oficiales reales, y se entenderán con ellos á propósito de la ayuda solicitada.

#### VIII.—Conclusión

¿Por qué Francia no fué un país libre? Atrevido sería quien se creyera en disposición de contestar á esta pregunta. Y sin embargo, la historia de los primeros años del siglo XIV pone de relieve una circunstancia, que es, sin duda, una de las razones de este hecho capital; en una época decisiva en la vida política del país no existió armonía entre los diferentes «órdenes» de la nación. Los nobles unidos en 1314 nombraron en sus cartas de confederación, por pura fórmula, al clero y al municipio; pero su egoísmo de clase les aislaba en realidad. Detestaban al clero: á la vez que se coligaban con él contra el arbitrio real, pedían al rey su apoyo contra él: «Nuestros oficiales, dice la carta á los de Perigord y Querci en julio de 1319, no impedirán que los nobles se apoderen de los muebles de los eclesiásticos; no tolerarán que las gentes de Iglesia abusen de su justicia para estorbar la jurisdicción de los nobles.» Al «municipio,» burgueses y demás los despreciaban y temían; la especie de sublevación popular que estalló en 1315 en la diócesis de Sens, fué reprimida de común acuerdo por las gentes del rey y los gentileshombres del lugar; para apartar á los gentileshombres de sus malos ejemplos de agitación revolucionaria, las gentes del rey les recuerdan en 1317, ya lo hemos visto, «que el pueblo no ama á los nobles...» El pueblo no los amaba mucho, en efecto (1). Por lo demás, todos estos, nobles, clérigos y ricos burgueses, tenían interés en mantener un estado de cosas que les proporcionaba beneficios, por desagradables que les fueran ciertas manifestaciones de la autoridad real. Hubieran dicho de buena gana como el poeta:

*Ícíl qui ont teles honnors  
Et ont lor hommes por taillier,  
Ne se doivent vers lor signors  
De cui lor vient toz lor secors  
Esmouvoir por eus travillier (2).*

(1) Libro III, capítulos II y III.

(2) Romania, 1878, pág. 597.—«Los que tienen tales hono-

#### I.—Las ideas de Pedro Dubois (2)

En razón de esta imposibilidad de unirse y de los instintos ultraconservadores de las clases elevadas, fueron los mismos reyes quienes tomaron en Francia la iniciativa de reunir á los distintos «órdenes» de la nación en asambleas generales: los «Estados generales» no fueron impuestos á los últimos Capetos directos, como los «parlamentos» lo fueron á los Plantagenet de Inglaterra. Pero, sea cual sea su origen, la costumbre de consultar á la nación existía ya al advenimiento de los Valois. Existía: no se ha perdido, por consiguiente, la probabilidad de que se establezcan instituciones representativas y costumbres liberales. La continuación de esta obra enseñará el curso de las cosas.

#### CAPÍTULO VII

FRANCIA Y LOS PAÍSES VECINOS DESDE 1285 Á 1328

I. Las ideas de Pedro Dubois.—II. El Mediodía y el Oriente.—III. Inglaterra.—IV. Flandes.—V. El imperio.

La política exterior de los últimos Capetos directos se veía forzada, en sus líneas generales, por la naturaleza de las cosas. El reino de Francia era la primera potencia de Europa: sus jefes no podían menos de aprovecharse de ello para engrandecerse á expensas de sus enemigos naturales y de sus vecinos: el perfecto desinterés de San Luis es un caso excepcional. A fines del siglo XIII el rey de Francia tenía, por consiguiente, enemigos naturales: los dos príncipes que tenían posesiones á la vez dentro y fuera del reino, el duque de Guiena, rey de Inglaterra, y el conde de Flandes, príncipe del imperio; mientras que, por el lado del Este, la masa homogénea del reino atraía el país de la antigua Lotaringia y del viejo reino de Arlés, que medio separados del imperio flotaban indecisos entre Francia y Alemania. El peligro era que, en vez de tender á la Guiena, valle del Ródano y ribera izquierda del Rhin, se desperdiciara la energía nacional en empresas prematuras ó absurdas al otro lado de los Alpes ó los Pirineos. Esta falta pudo inculparse á Felipe el Atrevido. Desde 1285 al advenimiento de los Valois fué evitada siempre.

¿Es esto decir que el gobierno de Felipe el Hermoso y de sus hijos tuviera, en política exterior, intenciones claras, profundas y constantes? Algunos historiadores lo han supuesto. Pero hay razón para dudar: porque los hombres de aquel tiempo que tenían ideas sistemáticas no fueron admitidos á ensayar su aplicación; y si nos atenemos á los hechos, parece que los personajes pudientes no tuvieron nunca planes acabados (1).

res y tienen hombres á quienes imponer tallas, no deben por los señores de quienes les viene todo socorro moverse para prestarles ayuda.»

(1) El estudio de las relaciones entre Francia y los países vecinos en esta época es difícil. No se poseen más que informaciones fragmentarias. Por otra parte, las interpretaciones tendenciosas de los historiadores modernos de nacionalidades diferentes aumentan la obscuridad: alemanes, franceses y belgas han puesto su orgullo en afirmar que todo lo realizado en este tiempo por los reyes de Francia, ó por los condes de Flandes, fué legítimo, hábil y glorioso.

La mejor exposición de conjunto de la política europea en tiempo de Felipe el Hermoso y hasta la muerte de Bonifacio VIII se encuentra en la obra citada de G. Digard, *Philippe le Bel et le*

Un cierto Pedro Dubois, contemporáneo de Felipe el Hermoso, escribió mucho de cuestiones políticas y sociales. Tenía un temperamento de periodista. La política exterior de Francia era uno de los asuntos que le apasionaban: hizo llegar hasta el rey, á este propósito, multitud de elucubraciones vehementes y raras.

Era normando y había estudiado en la Universidad de París, donde oyó á Tomás de Aquino y Siger de Brabante. En 1285, en la época de la expedición de Aragón, había comenzado á reflexionar ya sobre la manera de gobernar Estados. En 1300 ejercía en Coutances la profesión de abogado: escribió por este año la primera de sus obras, que se conserva, «sobre los medios de abreviar las guerras y los procesos:» *Summaria, brevis et compendiosa doctrina felicitis expeditionis et abbreviationis guerrarum ac litium regni Francie*. Dos años después, la querrela entre Felipe y Bonifacio le proporcionó ocasión de redactar diversos libelos muy violentos contra el papa; nos hace saber que maese Ricardo Leneveu, archidiacono de Auge, personaje muy avanzado en el favor real, se encargó de presentar uno al rey. En enero de 1304, Juan de la Foret, otro familiar de la corte, fué rogado por Pedro Dubois para someter al rey, en Tolosa, un nuevo opúsculo, que era sin duda un arreglo de la *Summaria doctrina*. El gran tratado *De recuperatione Terrae Sanctae*, cuyo autor habría querido que se enviaran ejemplares al rey de Inglaterra Eduardo I (+ en julio de 1307) y al papa Clemente V, contiene también muchas consideraciones que ya están en el escrito de 1300, pero con nuevos desarrollos. En 1308, el abogado coutancés vuelve á la carga con más ardor que nunca; invectivas contra los templarios, una segunda edición de *De recuperatione*, que fué enviada á Felipe el Hermoso, otros escritos sobre la cuestión del Santo Imperio y sobre la cuestión de Oriente, forman durante este año el inventario de sus producciones. Poséense hoy en día una docena de memorias y documentos que ciertamente le pertenecen; nadie duda que este infatigable pregonero de opiniones, que no vaciló en sacar diversos fondos de un mismo saco, compusiera muchas otras obras.

Para apreciar en su justo valor las ideas políticas de Dubois, sería necesario saber en qué estima le tenían sus contemporáneos. Al parecer de los modernos que han hablado de Dubois desde el descubrimiento de sus obras, es decir, desde hace unos cincuenta años, este personaje, «en la gracia» de Felipe el Hermoso, «gozó de un gran crédito en los consejos de la corona,» inspiró «la política del rey,» su pluma «fué requerida» varias veces para preparar la opinión. De todo esto, sin embargo, no se ha producido la prueba nunca. El principal indicio que sea posible alegar en apoyo de esta hipótesis es que muchos opúsculos del publicista normando fueron transcritos en el registro XXIX del Tesoro de cartas de Francia y han llegado hasta nosotros, por de-

*Saint-Siège*. El período comprendido entre 1316 y 1322 ha sido objeto de rebuscas especiales: P. Lehugeur, *Histoire de Philippe le Long*, págs. 192 y siguientes.

(2) E. Renan, en la *Histoire littéraire*, tomo XXVI, págs. 471 y siguientes. Hay algunas notas complementarias en mi edición del *De recuperatione Terrae Sanctae* (1891).